

1

José Germain, un perfil del personaje

AVATARES DE LA PSICOLOGIA ESPAÑOLA

En las sociedades de nuestro tiempo, la psicología se ha convertido en un saber colectivo y necesario. Ayuda a entender nuestros temores, los trastornos más comunes, las corrientes de opinión en medios y redes sociales, las relaciones empresariales, incluso los vaivenes de la bolsa, o los fracasos escolares. Es aún una ciencia reciente, de poco más de un siglo de existencia, y en nuestro país, aún es de vida más corta, pues aquí, como en otros campos de la modernidad, nos hemos incorporado tarde, aunque con empuje y decisión.

Desde principios del siglo pasado, sobre todo después de la I Guerra Mundial, hubo grupos atraídos por la nueva ciencia psicológica, que no sólo ayudaba a entender las conductas de muchos afectados por trastornos y tensiones mentales, sino que contribuía a mejorar el rendimiento de trabajadores y escolares, daba más seguridad al tráfico en las calles, y logró incrementar la eficacia y capacidad operativa de varios ejércitos involucrados en aquella confrontación bélica.

En España, la guerra civil tuvo consecuencias dramáticas en nuestro campo. La mayoría de profesionales y expertos que, lentamente, se habían formado en el país, acabaron exiliándose, muchos de ellos a países de Iberoamérica. Y en el espacio vacío que dejaron, los nuevos gobernantes trataron de implantar una línea de psicología escolástica, muy conservadora y básicamente filosófica, que poco o nada tenía que ver con las nuevas técnicas científicas que crecían de modo imparable en la mayor parte de los países occidentales.

El error pudo ser muy grave. En cierto modo no lo fue tanto, gracias al esfuerzo y tesón de una persona, que logró encarrilar de nuevo las cosas en la dirección debida, hacia la ciencia y las técnicas que se cultivaban en los países avanzados de Europa y América. Esa persona fue, precisamente, el doctor José Germain, el protagonista de esta historia.

Alguno, atento sobre todo a la etimología, le ha llamado el «pontífice» (de *pons*, *pontis*, puente, y *facere*, hacer) de nuestra psicología. Porque, en efecto, él logró crear el puente que terminara uniendo los primeros logros de nuestra psicotecnia, anteriores a la guerra civil, con los trabajos nuevos y eficaces de un grupo de profesionales que, bajo su dirección e impulso, sentaron las bases de nuestro presente: la psicología universitaria, los grupos investigadores, las publicaciones y asociaciones especializadas, la red de relaciones internacionales y el mundo profesional que lo sostiene.

Todo ello lo hizo con la mayor suavidad y educación, sin pedir premios ni medallas. Lo hizo ganándose el respeto y apoyo de sus colaboradores, que aceptaron asumir la tarea que la sociedad marcaba. Se dio un paso más, con ello, en el proceso de incorporación de la ciencia moderna a nuestra sociedad, una batalla de siglos durante nuestra Edad Moderna.

Cuando se contempla el panorama actual de nuestro mundo profesional y se ve la obra llevada a cabo por académicos e investigadores en este campo de la psicología, no debe faltar aquel sentido histórico que avisa de que, en todo este orbe de temas, estudios y trabajos sobre los procesos de la mente y de la conducta humanas, estamos ante un logro colectivo, demandado por los mejores espíritus de nuestro pasado, que han querido ver al ser humano, a la persona, a la luz de la razón y de la ciencia, sin que ésta pusiera en peligro su personalidad y su dignidad.

La historia de aquel «constructor de puentes» merece, por ello, ser conocida y estimada por todos, y muy especialmente por aquellos que hoy continúan trabajando con ilusión y empeño en el mismo campo que él contribuyó a consolidar entre nosotros.

UN MUNDO «FIN DE SIÈCLE»

En ese tiempo, a finales del siglo XIX, un considerable número de europeos se vinieron a la península, dispuestos a contribuir con su saber técnico al desarrollo de un país que se decidía a modernizarse. Pretendían realizar proyectos industriales o ingenieriles necesarios para el progreso social. Entre ellos iba a contarse un ingeniero francés, muy distinguido, Mr. Antonio Germain Euvrard, a quien un compañero de la Escuela Central de París, malagueño y sobrino de una gran personalidad malagueña, el Marqués de Larios, animó a establecerse en Málaga, como técnico de las empresas de su tío, dirigiendo las muchas fábricas de azúcar que este poseía. El ingeniero casó

con una dama de una conocida familia malagueña, y en 1897, precisamente, tuvieron un hijo, José Germain Cebrián. En ese punto se inicia un proceso, del que se termina beneficiando la psicología española contemporánea.

En los años finales del siglo XIX, «la idea rectora», ha dicho Julián Marías, era «la de *europaización*» (Marías, 1985). En distintos aspectos y en varios niveles, los españoles se sintieron atraídos por el brillo y la solidez de una vida europea que día a día se beneficiaba de los avances de la ciencia y de la técnica. Son los años de la regencia de María Cristina de Habsburgo (1885-1902), regente del país por muerte de su esposo, Alfonso XII, durante la minoría de su hijo, Alfonso XIII. Es un tiempo en que muchas cosas empezaron, y otras acabaron, y en que el país dio pasos decisivos hacia adelante. Europaización era progreso, pero también eran conflictos.

Una creciente burguesía prestó su apoyo a una tardía industrialización emprendida, especialmente en Cataluña y en el País Vasco, que atrajo a gentes de otras regiones, potenció la formación de técnicos y especialistas, y atrajo a políticos y dirigentes del mundo sindical, en busca de un control del naciente mundo proletario. A pesar de lo cual, todavía quedaba mucha fuerza en las manos de los terratenientes dominantes en un país todavía básicamente agrícola, que en las colonias aún mantenía su dominio.

En las pasadas décadas, se había producido la independencia masiva de los virreinos americanos. Todavía se contaba con un reducido mundo colonial en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que facilitaban beneficios y sinecuras económicas, e iban haciendo cómoda la vida cotidiana en la metrópoli. Se fueron multiplicando los ferrocarriles, se facilitó la comunicación de las provincias con la corte, y de ésta con el resto del mundo más allá de los Pirineos –si bien se tuvo el cuidado de modificar el ancho de las vías férreas, para impedir una posible invasión extranjera que algunos aun pensaban posible y temían.

La europaización impulsó una vida social y cultural que aspiraba a renovarse, y quería seguir modelos extranjeros de democracia y participación. Aquella aspiración renovadora generó al tiempo un interés por el propio país y la propia historia. Una llamada «generación de sabios», nacidos hacia mediados de siglo, iba a llevar adelante un gran esfuerzo investigador sobre nuestro pasado. Joaquín Costa, uno de aquellos sabios, abogado, erudito, historiador, plasmó en el título de uno de sus libros las metas que en su imaginación veía para su patria: *Reconstitución y europaización de España* (1900). Eso era lo que había que hacer. Exigía una nueva mentalidad, lo que requería a su vez una nueva educación, algo que mantenían las personas afines a ese proyecto. Entre ellas se contaba el grupo de discípulos y colaboradores de don Francisco Giner de los Rios, alma y cabeza de la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876, uno de los motores básicos en el proceso de transformación y reeducación del país. Giner era discípulo de don Julián Sanz del Río, filósofo iniciador del movimiento krausista en España. Este era un grupo de profunda moral y sentido democrático y ciudadano, que

atraía a espíritus modernos y liberales, e inquietaba profundamente a los dirigentes de la Iglesia católica española, que veían en el liberalismo y la modernidad supuestos peligros para la fe y semillas de un peligroso laicismo. Pero por fin, al cabo de muchos años de conflictos, había progreso y paz. En el Ateneo de Madrid reinaba la agitación cultural, surgían polémicas, y en tertulias y cafés se cantaban glorias toreras de Bombita, Machaquito o Frascuelo, o se contaban historias de escenarios donde triunfaban actrices famosas como Rosario Pino o María Guerrero. La vida política había encontrado un ritmo binario, donde don Antonio Cánovas, conservador, y don Práxedes Mateo Sagasta, liberal, alternaban sus proyectos y movilizaban a sus respectivos partidos. Parecían quedar atrás las inacabables disputas entre los grupos monárquicos carlistas y alfonsinos, que habían alterado el clima social durante muchos años.

Ese mundo en pleno proceso de transformación se vió de pronto sometido a una dura experiencia: la pérdida de los últimos dominios del imperio colonial. Desde hacía tiempo, en Cuba, en Filipinas, había unos movimientos en pro de la independencia que eran dominados por la metrópoli. No se logró darles una solución pacífica, y las políticas represivas tampoco tuvieron éxito. En Cuba, en 1895, la insurrección se extendió por toda la isla. Los Estados Unidos, interesados en el control de aquellos territorios, aprovecharon la ocasión para hacer pública en 1897 una declaración en la que reconocían el derecho del pueblo cubano a la beligerancia, al tiempo que le apoyaban más o menos abiertamente. En febrero de 1898, un navío americano, el *Maine*, explotó en el puerto de La Habana. Hubo más de dos centenares de muertos, y la prensa americana culpó al gobierno español del supuesto atentado. Y aunque estudios posteriores, hechos en 1975, parecen haber llegado a la conclusión de que fue un accidente desgraciado, en su momento, aquello fue considerado como un verdadero *casus belli*, que llevó a la potencia americana a declarar en abril la guerra a España. Esta fue muy breve. La derrota sobrevino tres meses más tarde, y en diciembre del mismo año de 1898 se llegó al Tratado de París, donde se liquidaba el mundo colonial hispano: Cuba se hacía independiente, y Estados Unidos se quedaban con Filipinas, Puerto Rico y la isla de Guam. En España se habló del «triumfo de la sinrazón», de la «codicia de un pueblo de mercaderes sin Dios y sin conciencia», de que la causa española «Dios no la abandonaría», y se gritó con entusiasmo «¡Viva España con honra!» (Horno, 1961). Pero fue lo que se ha llamado «el Desastre», y España hubo de entrar en el siglo XX con los mismos límites que había tenido en tiempos de los Reyes Católicos. ¿Fue aquel un dolor regenerador?

No solo los escritores, sino toda la generación –o generaciones– que vivieron con inmediatez el hundimiento del 98, tuvieron, según sus peculiares modos de entender y sentir, que volver a pensar su destino personal dentro de su nuevo horizonte nacional. En ese clima, algunas gentes iban a acordarse de que por el mundo había una cosa nueva, que se llamaba psicología, que parecía ayudar a las gentes a resolver o aminorar sus problemas.

¿UN NUEVO SIGLO, UN NUEVO PAÍS?

Un joven pensador, que había vivido en su adolescencia la realidad del Desastre, escribió en 1914 unas palabras que han sido muy recordadas: «Dios mío, ¿qué es España? ...¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental?» (Ortega, 2004, I,790).

Esa pregunta preocupaba a muchas gentes. Desde muy pronto saltaron algunas alarmas. En agosto de 1898 un político conservador, Francisco Silvela, publicó un artículo famoso, «Sin pulso», donde pedía atenerse a la realidad, reconstruyendo los organismos de la vida nacional. Comenzaba la literatura regeneradora (S.Granjel, 1959). Desde luego se hicieron eco del problema los «escritores del 98» y muchos otros igualmente atraídos por el «enigma español». Se escribió sobre El Quijote, los Campos de Castilla, la Tierra Vasca, Levante, la Guerra Carlista, «Paz en la guerra» ..., se crearon centros como el Institut d'Estudis Catalans (1907), el Centro de Estudios Históricos (1910), y la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) (1907); también en 1900, se creó un Ministerio de Instrucción Pública, que reorganizaría la escuela pública y la formación de los maestros. La iniciativa empresarial se movilizaría para dinamizar el país: por ejemplo, en 1902 se fundaron los Altos Hornos de Vizcaya, y el Banco Español de Crédito (García Delgado, 2002). La atención se volvía hacia la propia realidad, y se buscaba su dinamización, su perfeccionamiento. En ese conjunto de noticias, buenas unas y malas otras, tras el Desastre, no puede faltar la noticia del premio Nobel de Fisiología a Santiago Ramón y Cajal, en 1906, por su descubrimiento de la estructura neuronal del sistema nervioso; tampoco se debería olvidar el casi simultáneo Premio Nobel de Literatura (1904), a don José Echegaray, ingeniero de caminos, dramaturgo y matemático. Algo parecía moverse en el país.

LOS PROBLEMAS DEL CRECIMIENTO

No todo era desarrollo y modernización. Aquel proceso histórico tenía su envés. Ortega y Gasset lo denunció con claridad: la sociedad española se hallaba disgregada; estaba dominada por el «particularismo», y sus grupos no se sentían ligados entre sí ni movidos por un proyecto colectivo. España, dijo Ortega, estaba «invertebrada» (1921).

Durante el primer tercio del siglo XX, mientras se iba consolidando una economía crecientemente industrializada en Cataluña y el País Vasco, también cobraban mayor peso los nacionalismos regionales y los conflictos sociales. Precisamente en esas dos regiones existían sendas lenguas propias, el catalán y el euskera, que proporcionaron la base para la formación de unos grupos que aspiraban a diferenciarse y separarse de

los de otras regiones, y más concretamente del poder central nacional. Otra línea de problemas procedía de la fuerte tensión social entre obreros y patronos, que afectaba sobre todo a la naciente industria catalana. Fue la base de un peligroso pistolero que no iba a quedar sin consecuencias. Y, en fin, el progresismo social desarrolló actitudes fuertemente enfrentadas con la Iglesia católica, cuyo peso social era muy grande, y que aparecía a los ojos de muchos como un núcleo reaccionario que obstaculizaba el avance ideológico del país.

Un evento bélico vino a cambiar la vida de la gente. España, como otras naciones europeas, tras el «reparto colonial de África» acordado en 1884, ejercía allí el control de algunos territorios (Sahara, Guinea ecuatorial, parte de Marruecos). Pero a principios del siglo XX, se vio envuelta en una guerra en su protectorado marroquí. En 1921 se produjo la derrota de Annual, que terminó conduciendo al establecimiento de la dictadura militar de Miguel Primo de Rivera (1923), y ésta al cabo llevó a una crisis de la monarquía. Alfonso XIII, tras unas elecciones municipales, decidió renunciar al trono, dando paso a la 2ª República en 1931. Esta supondría una gran transformación política democrática, pero también una época de conflictos entre partidos y regiones, que desembocaría en la catástrofe social de la guerra civil.

En medio de todos esos vaivenes sociales y políticos, la cultura fue alcanzando cimas en arte y pensamiento, con nombres como Benito Pérez-Galdós, A. Machado, P. Baroja, R. Valle-Inclán, los poetas y escritores de la Generación de 1927 (F. García Lorca, R. Alberti, G. Diego,...); pintores como J. Sorolla, I. Zuloaga, P.R. Picasso...; pensadores como J. Ortega y Gasset, M. de Unamuno, E. d'Ors; médicos como G. Marañón, N. Achúcarro, R. Novoa Santos, A. Pi Sunyer, el propio Gonzalo R. Lafora...; los ingenieros Esteban Terradas, Juan de la Cierva...; arquitectos como A. Gaudí, o Eduardo Torroja; economistas como A. Flores de Lemus, Germán Bernacer, Román Perpiñá...; políticos como Pablo Iglesias, Julián Besteiro, Manuel Azaña, J.M. Gil Robles, E. Prat de la Riba, F. Cambó, y tantos más...; todo un plantel de nombres de altura internacional, de los que los ahora mencionados son una pequeña muestra, hicieron posible un tiempo de esplendor cultural, la llamada «Edad de Plata», a la que pondría término la discordia política en 1936, que desembocó en la guerra civil. En ese país se fue forjando la personalidad de nuestro personaje.

PERFIL BIOGRÁFICO

José Germain Cebrián nació en Málaga el 18 de noviembre de 1897. Lo cuenta él mismo en una autobiografía que escribió, a instancias nuestras, hace casi medio siglo. (Germain, 1981). Murió en Madrid el 8 de septiembre de 1986.

Hizo su bachillerato en Bélgica, en un colegio católico salesiano cerca de Tournai, el Colegio de Passy. Al terminarlo, se examinó en la Sorbonne, en París. Su completo dominio del francés, sin ninguna duda, iba a ayudarle no poco a mantener una vida profesional plenamente internacional.

Estudió medicina en la Universidad llamada entonces Central, de Madrid. Fue discípulo de grandes clínicos, como don Teófilo Hernando y don Juan Madinaveitia, y también de Ramón y Cajal, que enseñaba Histología y Anatomía Patológica. Al terminar y graduarse, en 1923, inició una serie de estancias en Ginebra, Berlín y París, que le pusieron en contacto con un puñado de grandes figuras de la nueva psicología. En su autobiografía cita los nombres de Edouard Claparède en Ginebra, de Wolfgang Köhler y Hans Rupp en Berlín, y los de Eduardo Toulouse, Henri Piéron, Théophile Alajouanine, Georges Guillaín, Jean Sicard, George Dumas, y Pierre Janet, en París (Germain, 1981); con casi todos ellos iba a interactuar unos años más tarde, cuando, a su condición inicial de médico y psiquiatra, que nunca abandonó, se unieran sus ocupaciones psicológicas, que daban pábulo a su más personal vocación. Pero también en su autobiografía hace una notable confesión: «No cabe duda que la primera piedra en mi progresiva vocación como psicólogo fue puesta por el Dr. D. Cipriano Rodrigo Lavin, en su cátedra de Psicología Experimental, antigua cátedra de Simarro en la Facultad de Ciencias, y por el curso de medio año del profesor Ziehen, que él organizó, en su cátedra y al que acudía cada día con más interés y cada vez con más ilusión por la psicología» (Germain, 1981, 1009). El curso tuvo lugar en 1922, y fue posiblemente la primera vez que en nuestro país se impartió un curso especializado destinado a presentar la psicología experimental que se estaba haciendo en centros europeos avanzados.

Resulta, pues, que don Cipriano Rodrigo Lavin, ayudante de Simarro, luego rechazado al intentar sucederle, activo profesor que consiguió que funcionara el laboratorio por el que su maestro había peleado mucho, y el profesor Theodor Ziehen, profesor en Halle (Alemania), cuyo libro sobre *Psicología fisiológica* (Ziehen, 1910) tradujo Lafora y prologó Simarro en persona, han resultado ser las «hadas madrinas» – a las que hay sin duda que añadir una tercera, el doctor Lafora–, que alumbran el nacimiento de una vocación psicológica sobre la que iba a descansar, en cierto modo, el futuro mismo de la psicología española.

En todo caso, su «maestro indiscutible» lo fue el psiquiatra Gonzalo Rodríguez Lafora, quien le orientó intelectualmente, y la apoyó en su carrera personal y profesional de manera decisiva.

EL MAESTRO LAFORA

Gonzalo Rodríguez Lafora (1886-1971), neurólogo y psiquiatra, miembro de la generación «europeísta» de 1886 a que también pertenecieron, entre otros, Ortega y Gasset y Gregorio Marañón, aventajaba a Germain en edad algo más de diez años. Con él amplió su formación, participó en sus empresas clínicas, y tuvo posiciones institucionales que consolidaron su figura. Era éste discípulo de Cajal, y también de Luis Simarro. Sin duda, a través de éste último, pudo llegar a intimar y colaborar con un investigador extraordinario, también formado con aquellos dos grandes maestros, Nicolás Achúcarro (1880-1918), cuyos pasos fue siguiendo Lafora. Como él, pasó un tiempo en Alemania, con Kraepelin y Alzheimer, y luego, también siguiendo sus huellas, se fue a trabajar en los Estados Unidos, llegando a tener un puesto destacado en el equipo de Shepherd I. Franz, en la Universidad de California. Con éste llegó a hacer alguna importante publicación conjunta sobre neurología de la conducta. Franz, como también Karl Lashley, establecía en unos monos determinadas respuestas aprendidas, y luego iba extirpando zonas sucesivas de córtex cerebral a fin de evaluar los efectos que ello tenía sobre dichas respuestas. Lafora se encargó de estudiar las conductas de los monos, antes y después de la ablación parcial del cerebro a que se les sometía. Con este bagaje volvió a España, tratando de encontrar un lugar donde seguir investigando.

Su amigo Achúcarro y él mismo, encontraron primero un puesto interesante en el Patronato Nacional de Anormales, de recentísima creación (1914). Achúcarro murió muy pronto, y Lafora, debió ceder el puesto a un educador, A. Anselmo Gonzalez. Al cabo, terminó en 1925 estableciendo un Instituto Médico-Pedagógico, y un Sanatorio Neuropático, en Carabanchel, en Madrid, donde comenzó a desarrollar una línea psiquiátrica de vanguardia, con colaboradores jóvenes. El Instituto centró su atención en el estudio y tratamiento de los niños «mentalmente anormales», tema sobre el que Lafora había publicado una monografía en 1917, buscando formar e informar a los educadores acerca de las características de estos sujetos, así como las posibles formas de intervención terapéutica que con ellos convenía aplicar.

GERMAIN Y LAFORA

Entre esos jóvenes colaboradores se contó Germain como médico residente, que vino a sustituir a Miguel Prados Such (Valenciano, 1977). De ahí salieron una serie de trabajos sobre neurología del sistema nervioso vegetativo. Hay, también, una serie de investigaciones de orientación claramente clínica (por ejemplo, sobre la aplicación de

la malaria al tratamiento de la parálisis general progresiva, la piretoterapia en esquizofrenia, etc.); fue un tema que le interesó mucho.

Germain, además, encontró tiempo para colaborar con otro grupo que se había constituido en un edificio cercano al Sanatorio, también en Carabanchel, y en el que se instaló un Instituto de Reeducción de Inválidos del Trabajo. Allí, bajo la dirección del ingeniero Cesar de Madariaga, junto a médicos especialistas, se estableció un servicio de orientación profesional, en 1923, que debía evaluar y asesorar a los pacientes que el Instituto atendía y a los que pretendía recuperar para la vida activa. Trabajaban allí dos personas, Mercedes Rodrigo y José Mallart. Ambos eran maestros formados en psicotecnia y orientación educativa, que habían adquirido conocimientos psicológicos en Ginebra, en el Instituto Juan Jacobo Rousseau, con Edouard Claparède, al que, como sabemos, Germain había ya conocido.

Encontró allí espacio para sus intereses psicológicos, y ello hizo posible un fruto de importancia.

Fue la edición adaptada y baremada para población española del test de Binet y Simon, en la versión americana de Terman, que por primera vez iba a permitir evaluar la inteligencia con la precisión que ese instrumento tenía en manos de sus autores y de su adaptador. Hasta entonces, esa prueba se había venido usando de modo cualitativo, sin medidas, y por tanto sin rigor. Germain y Rodrigo fueron los autores del trabajo, y Lafora quien prologó la edición (Germain y Rodrigo, 1930). Volveremos más tarde sobre ello.

La relación con Lafora tuvo un valor añadido importante. El psiquiatra tenía una gran amistad con el filósofo José Ortega y Gasset. Desde 1920, Lafora, con su colega y compañero Jose Miguel Sacristán, y ambos con el apoyo explícito de Ortega, habían puesto en marcha una revista científica de primer orden, los *Archivos de Neurobiología*, cuyo título completo deja ver todo el alcance de aquel empeño: «*Archivos de Neurobiología, Psicología, Fisiología, Histología, Neurología y Psiquiatría*». Apoyaban la empresa nombres como Cajal, Marañón, Turró, Simarro, Negrín, Viqueira y un amplio número de psiquiatras bien conocidos (Carpintero, 1994). Desde 1929, Germain fue secretario de redacción, lo que le permitiría establecer numerosas relaciones con personalidades científicas y autores de trabajos. De ahí también iba a salir una profunda amistad y admiración hacia el pensador Ortega, que incluso daría «frutos psicológicos» en el tiempo por venir, como veremos.

Su inserción en el grupo de los «Archivos» sin duda representó un paso importante en su figura pública de psiquiatra, pronto interesado en el desarrollo de la Higiene Mental en España. Precisamente en 1924 se creó la Asociación Española de Neuropsiquiatras a propuesta de los doctores Saforcada, Rodríguez Arias y Emilio Mira, núcleo importante en la modernización de ese campo clínico, de donde vino luego a surgir

en 1927 la Liga Española de Higiene Mental, orientada hacia la intervención social. Nuestro personaje fue nombrado secretario de la misma; su figura clínica iba creciendo paso a paso (Martí, 1990; Olabarría, 1997).

En 1931 obtuvo por oposición la jefatura médica de psiquiatría e higiene mental de la Dirección General de Sanidad, lo que amplió su radio de acción médica. Creó los primeros dispensarios de higiene mental, asumió la docencia en esta materia en la Escuela nacional de Sanidad, y, codo con codo con el doctor Lafora, consolidó la atención social en ese campo, colaborando con él en el Consejo Superior Psiquiátrico que, tras fundarse ese mismo año de 1931, aquel presidiría. Aunque de breve existencia, el Consejo avanzó en el ordenamiento de la asistencia psiquiátrica, y en la atención a pacientes mentales. Con la guerra civil se cerraría esa línea de trabajo en su biografía.

HACIA LA PSICOTECNIA

La vida de nuestro personaje se fue viendo envuelta progresivamente en las corrientes nacientes de interés por la nueva psiquiatría y la nueva psicología que iban cobrando fuerza en el país. Lo veremos con más detalle al comentar el artículo suyo que aquí presentamos. En todo el mundo occidental, la I Guerra Mundial había dado ocasión a los responsables de varios ejércitos implicados en la contienda, a buscar la ayuda de los nuevos profesionales de la psicología, que parecían ser expertos en selección de personal, algo extremadamente importante y urgente a la hora de formar equipos técnicos al servicio de las fuerzas armadas. La guerra, dijo uno de los grandes psicólogos americanos de la época, J. McKeen Cattell, había puesto la psicología sobre la mesa, bien destacada y a la vista de todos. Era una disciplina que, en situaciones como las vividas entonces, resultaba extremadamente útil. Y esa utilidad social fue notada y aprovechada pronto para otras muchas cosas, aparte las necesidades militares.

En la vida española que a principios de siglo había ido multiplicando sus grupos operativos en los sectores más diversos, especialmente en el terreno de la economía y de la cultura, se había dejado sentir con fuerza la activa presencia y control del rey, Alfonso XIII, que desde los comienzos mismos de su reinado había mostrado su interés en intervenir en la vida del país. El desarrollo de las diversas regiones y grupos sociales modernizaba la nación. Pero las tensiones políticas provocaban sacudidas que afectaban aquel progreso.

En Cataluña, las autoridades regionales, en especial E. Prat de la Riba, apoyaron una política social, para la que promovieron un Secretariado de Aprendizaje (1914), a fin de dar oportunidades a los jóvenes trabajadores. De allí surgió un Instituto de

Orientación Profesional, en el que pronto se integró otro médico psiquiatra, interesado por la psicología, como Germain, el doctor Emilio Mira y López. En la dictadura, Primo de Rivera, con apoyo socialista, promovió un Estatuto de formación profesional que potenció la enseñanza laboral, en 1924, y organizó la orientación profesional (1928). Se creó una red de Oficinas-Laboratorio en diversas provincias, formando dos grandes grupos, uno dirigido por el Instituto de Barcelona que dirigía Mira, y otro por el de Madrid, con Madariaga y Germain. Estas medidas lograron impulsar la nueva psicotecnia de que iba a disponer el país (Mallart, 1933; Soler y Tortosa, 1987).

El interés por los tests y la psicotecnia se había difundido con rapidez en el mundo occidental. El centro de Barcelona estuvo muy pronto en la primera línea internacional. Cuando los especialistas, impulsados por Edouard Claparède, empezaron a reunirse, lo hicieron primero en Ginebra, en 1920, y al año siguiente, en 1921, hicieron un segundo congreso en la Ciudad Condal, gracias al prestigio adquirido ya por Emilio Mira. EL movimiento siguió creciendo, hubo más reuniones periódicas en distintos países europeos, y en 1930 volvieron a reunirse los psicotécnicos en Barcelona, con Claparède como presidente honorario, y Mira y Madariaga como presidentes efectivos. Soler Dopff y Germain fueron los secretarios, el primero por Barcelona y el otro por Madrid. Aparte las discusiones científicas, entre otras cosas el congreso recomendó al gobierno español la implantación de una selección para conductores como medida para la seguridad del tráfico, cosa que terminó por imponerse tres años después (Soler y Tortosa, 1987). Fue un nuevo paso de aproximación de la psicotecnia a los temas de la vida cotidiana del país.

Germain siguió ascendiendo en el marco institucional de la psiquiatría y la higiene mental. En 1931, asumió la dirección del Instituto de Psicotecnia de Madrid. Amplió su influencia ofreciendo sus servicios de orientación al mundo militar, invitó a colegas extranjeros (Piaget, Lahy, Faria de Vasconcelos, Pierón, Bovet...) a dar conferencias y pasó a ser Instituto Nacional de Psicotecnia, en 1934. Puestas las cosas en orden, aceptó una beca de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) para pasar unos meses trabajando con Bartlett en su cátedra de la universidad de Cambridge; allí estuvo preparando una posible tesis, cuyos materiales perdió en los días de la guerra civil.

El y Mira, desde sus instituciones, promovieron, sin éxito, la realización de un Congreso internacional de psicología, patrocinado por la IUPsyS (Unión Internacional de Psicología Científica) en Madrid a finales de 1936. Veremos esto al examinar el artículo que reeditamos. La designación de la capital de España como sede de la reunión era sin duda una clara muestra del reconocimiento y aprecio de la psicología internacional hacia la obra de los profesionales españoles. Pero la guerra civil se inició en julio de aquel año, e impidió su realización. Y con ello comenzaron las dificultades para aquella primera psicología aplicada que había ido creciendo en nuestro país. (Carpintero y Lafuente, 2008).

Por otro lado, a comienzos de 1936 se casó con Encarnación Sanchez-Román, perteneciente a una distinguida familia de juristas y políticos, muy activa en el mundo de la república; su cuñado, Felipe Sanchez Román, estuvo entre quienes facilitaron la llegada del régimen republicano tras la abdicación de Alfonso XIII, en 1931. Todo ello no dejó de traerle algunos inconvenientes a nuestro psiquiatra en los tiempos posteriores a la guerra civil.

«Viene el período de la guerra civil. A los pocos meses logro salir de España... Yo nunca fui político ni hice política, pero tenía y tengo un claro sentido liberal, que en aquellos momentos no se cotizaba en ninguna de las dos Españas trágicamente separadas» (Germain, 1981). Estuvo en Suiza –con el Dr. Repond–, en Lovaina –con Michotte– y en París –con Piéron, Dumas y Janet. Conoció nuevos colegas, asistió a reuniones, mientras padecía con la ausencia del país. Cuando al fin pudo volver a Madrid, halló su casa saqueada, perdidos trabajos suyos, y todo el mundo institucional anterior mudado al nuevo régimen, con gran número de colegas, junto a sus maestros Ortega y Lafora, en el exilio.

UNA NUEVA ETAPA

«Germain estuvo a punto de no regresar a España», ha recordado Jose Luis Pinillos al hablar de su maestro. «Fue Ortega, su entrañable y clarividente amigo, quien a la postre le convenció de lo contrario. En unas cartas que rezumaban generosidad y patriotismo, Ortega le incitó a reemprender el camino sin volver la vista atrás. El tiempo dio colmada razón a Ortega» (Pinillos, 1981, 1115-6)

Tras la guerra, el mundo cultural y científico, al igual que el político y social, sufrieron una transformación radical. Se rechazaba y despreciaba el pasado republicano, para poner en su lugar de nuevo una cosmovisión reaccionaria, fuertemente inspirada por una Iglesia Católica ultraconservadora. Uno de los principales personajes elevado al poder en filosofía y psicología, el P. Manuel Barbado, OP., exigió la vuelta a «la Filosofía tradicional... la única aceptada por la Iglesia», aquella que profesara principalmente Santo Tomás de Aquino (v. Carpintero, 1994).

Barbado controlaba los estudios de Filosofía y Pedagogía en la Universidad de Madrid, y también el Instituto «Luis Vives» de Filosofía que se creó en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas CSIC –en sustitución de la antigua Junta para Ampliación de Estudios, JAE–. Acogió en la cátedra de psicología experimental, de la Facultad de Ciencias de Madrid, como auxiliar a Germain, sin duda para cubrirse ante las críticas del mundo psicológico profesional, al tiempo que deseaba crear un instituto de psicología (Mallart, 1981), pero este ayudante se encontró allí sin posibilidades para realizar cualquier iniciativa.

Barbado murió muy pronto, en 1946, y entonces en el CSIC se buscó una continuidad para aquellas disciplinas. Atendiendo a recomendaciones llegadas del rector de la Universidad del Sacro Cuore, de Milán, el P. Agostino Gemelli, OFM., la dirección del Consejo buscó y encontró al Dr Germain, a quien Gemelli conocía y estimaba. El resultado fue la creación en 1948 de un pequeño Departamento de Psicología Experimental, dentro del Instituto «Luis Vives» de Filosofía, y quedó encargado de la dirección de aquel. Aquel departamento, ha escrito Siguán, «se ha convertido en algo así como un mito – la matriz original de la psicología universitaria en España» (Siguán, 1981, 1136). El lo sabía bien, pues con algunos colegas lo vivió intensamente.

También el Instituto Nacional de Psicología de Madrid se había puesto en marcha con un nuevo director, Ricardo Ibarrola, un médico interesado por la psicología, que solicitó a Germain ayuda para que el instituto funcionara. En unos nuevos locales, en la plaza de Santa Barbara, de Madrid, y al fondo de un pasillo, donde, según recuerda Miguel Siguán, fue a visitarlo en 1945, Germain ponía su experiencia al servicio de la psicología.

Empezaba un tiempo nuevo, con nuevas posibilidades.

EL DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL

La idea que el P.Barbado, fraile dominico, tenía de la filosofía, era, sencillamente, la Escolástica tomista. En psicología, después de lo logrado en Lovaina por el cardenal Mercier, era claro que el camino había de ir por la investigación experimental, y el estudio de los procesos psicológicos, especialmente los procesos perceptivos y cognitivos. En 1928, siendo aquel profesor en el «Angelicum» (o Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino) de Roma, publicó una *Introducción a la psicología experimental* amplia y detallada, que presentaba a los lectores como una obra «polémica», en la que reconocía que tendía «a valorizar las antiguas ideas aristotélico-tomistas» (Barbado, 1928,28). Y con idéntico punto de vista, reeditó el libro, con unos cuantos retoques, en 1943, pero decidido a mantener aquellas ideas que ya defendió en la primera versión. Cuando luego se han analizado los autores citados en ese libro, se ha obtenido una plena confirmación de la orientación que él mismo reconocía. Como pudimos mostrar hace muchos años, el autor más citado era Santo Tomás de Aquino (191 citas), seguido de San Alberto Magno (68); luego venían Titchener (42) y Wundt (35), en quinto lugar aparecía Aristóteles (33), y sólo en sexto lugar encontraba el lector a Alfred Binet (22). Sin pretender seguir exhaustivamente la lista, notemos que luego aparecían nombres como JB Watson, o William James, con 20 citas, Claparède con 13 y Freud con 12 – igualado con Averroes– (Zanón y Carpintero, 1981, 207). En definitiva, la historia de la

psicología aparecía como «una revalorización de las tesis aristotélico-tomistas» (Idem, 215). No hay duda que esta era la cosmovisión desde donde se habría construido el deseado Departamento, de haberlo podido organizar el poderoso dominico. Pero no pudo hacerlo, su salud le abandonó. El proyecto quedó en el aire, y algunas personas de su entorno, en especial un joven fraile de su misma orden, médico y psicólogo, el P. Manuel Ubeda OP, se aproximaron a Germain. Contaban con el apoyo de la cabeza del CSIC, el P. Jose M. Albareda, y el del nuevo director del Instituto de Filosofía, el sacerdote Juan Zaragüeta, catedrático en la Sección de Pedagogía de la Universidad Complutense, hombre formado en Lovaina, conocedor del pensamiento moderno, y antiguo amigo de Ortega; con todo ello, y con una oportuna recomendación del P. Gemelli en favor de Germain, hubo luz verde para el nuevo Departamento. Le llamaron «de psicología experimental» para marcar distancias con la filosofía del Instituto que lo albergaba, y a la llamada de Germain buscando colaboradores para la psicología, respondieron unos cuantos jóvenes deseosos de dedicarse a trabajar en el nuevo campo intelectual (Siguán, 1981). Destacan ahí los nombres de cuatro de ellos: Mariano Yela, Miguel Siguán, Jose Luis Pinillos y Francisco Secadas. A ellos hay que unir el del P. Manuel Ubeda, OP, médico y psicofisiólogo, muy bien relacionado con el entonces ministro de Educación Nacional, Joaquin Ruiz Giménez, y que hizo de puente eficaz a la hora de contactar con la administración. Pronto se añadieron otros nombres: Jose A. Forteza, especializado en psicología del trabajo, dos médicas interesadas por la psicología clínica –Maria Eugenia Romano y Jesusa Pertejo, el educador Juan Garcia Yagüe, algo después la doctora Fernanda Monasterio, entre otros (Germain, 1981, 1030).

Yela contaba a cuantos querían oírle su encuentro inicial con el Dr. Germain, en 1948, recién vuelto de los Estados Unidos donde había estado ampliando estudios, principalmente con L.L. Thurstone, en Chicago. Lo fue a ver al Instituto, un sitio «desertado», según su recuerdo, al final de aquel pasillo que también recordaría Siguán. Al parecer, le dijo: —Doctor Germain, reúna a la gente que hace psicología aquí, y creemos una sociedad. A lo que su interlocutor respondió: —Siéntese, Yela. Y añadió: —Ya estamos reunidos todos los psicólogos, usted y yo. Está claro que había algunos más, claro; pero muy pocos. Y Germain logró irlos reuniendo, les animó a ampliar su formación e investigar, y a elaborar pruebas y materiales que los psicólogos pudieran utilizar llegada la hora de intervenir. Yela hizo un gran número de tests, muchos inspirados o sugeridos por trabajos de su maestro Thurstone —«más de 200 tests entre propios y adaptados»: Otis-Yela, Rotación de figuras macizas, Inteligencia mecánica, etc., etc. (Muñiz, 1996, 504; Fernández Ballesteros, 1996); Secadas hizo una prueba de inteligencia, el test AMPE, Aptitudes Mentales Primarias Equivalente del PMA de Thurstone; Pinillos, aparte otras pruebas menores para el campo de la seguridad vial, elaboró el Cuestionario CEP de personalidad, con base en un cuestionario EPI de H.J. Eysenck, y por su parte, Siguán se orientó hacia el estudio del TAT y otras pruebas

proyectivas (Siguán, 1952). Pero además, como equipo, los jóvenes investigadores del Departamento, liderados por su director, asumieron la tarea de adaptar las pruebas que el Ejército americano aplicaba para la selección de pilotos, a fin de elaborar un sistema de tests que fueran utilizados por el Ejército del Aire español. La petición parece que les llegó del propio Pentágono americano, y hubieron de pedir al gobierno español todos los permisos necesarios. Aquellos tests, adaptados a la población española, iban a permitir de modo eficaz y seguro realizar la selección de pilotos militares. Y tras lograr construir la deseada batería, con la colaboración, entre otros, del oficial de Aviación Marcelo Pascual, resultó que también era del interés de la recién creada compañía de aviación Iberia, para selección de sus propios pilotos. Aquella tarea representó un importante paso en la integración de aquel Departamento en la sociedad española del momento. A Germain, después, le satisfacía recordar que, también como resultado de aquellos trabajos, el Ejército americano le había concedido el grado de Brigadier General honorario.

El Departamento se convirtió en un verdadero núcleo de promoción de la psicología. El mismo escribiría en cierta ocasión que «allí es donde nace prácticamente la escuela de Madrid de Psicólogos, que son los que hoy son catedráticos, ayudantes y demás» (Germain, 1983, 46).

Esto tuvo varias consecuencias. Una fue dar cumplimiento al viejo deseo de Yela, de crear una Sociedad Española de Psicología, cosa que se logró en 1952 .

Al año siguiente, se consiguió fundar una Escuela de Psicología y Psicotecnia en la Universidad Complutense de Madrid, dependiente de su Rectorado, que ocupaba entonces Pedro Laín Entralgo, activo entusiasta de ese proyecto. Dirigida por el catedrático de pedagogía Juan Zaragüeta, que era a un tiempo director del Instituto de Filosofía del CSIC, y con Germain, director del Departamento en el CSIC, como miembro del Patronato, en ella se integraron varios de sus colaboradores, ya profesores universitarios; por lo que sabemos, fue decisiva la participación de uno de esos colaboradores, el P. Manuel Ubeda Purkiss, que mantenía muy buena relación con el entonces ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruiz Giménez, y que, además de convertirse en profesor de la Escuela, fue también miembro de su Patronato. La Escuela era un centro de posgrado, que diplomaba en psicología a quienes, siendo ya licenciados en otras especialidades –medicina, filosofía, educación, etc.– cursaban dos años de materias psicológicas (Bandres y Llavona, 2004; Quintana, 2010). El mundo psicológico empezó a cambiar con el surgimiento de esta Escuela de Madrid, y otra creada en la Universidad de Barcelona por Miguel Siguán, en 1964. Su aparición determinó el nacimiento de los primeros profesionales de la psicología, que, en su segundo año, ya se especializaban en una de estas tres ramas: clínica, educativa o industrial. Una vez diplomados, muchos iniciaron un ejercicio libre de la profesión, otros entraron en empresas, y un grupo significativo fue a cubrir plazas en los Institutos provinciales de

psicología y psicotecnia, que se habían instalado en cada provincia, completando la red que ya vimos que se había iniciado antes de la guerra civil.

En 1956, se le permitió a Germain volver a ser director del Instituto Nacional de Psicología y Psicotecnia, puesto que le había estado vedado muchos años, tras la guerra, incluso después de sufrir un proceso de depuración al regresar del extranjero, y haber estado dirigiendo la revista que el Instituto editaba. Todas estas novedades, por otro lado, hicieron que el Departamento languidciera, y al cabo, «acabó por desaparecer, como si con servir de plataforma de lanzamiento hubiese agotado su función» (Siguán, 1981, 1139)

La historia de la revista no deja de tener interés. En el Instituto de psicología, acabada la guerra, se creó una revista, *Psicotecnia* (1939-1945), cuya duración fue breve, por carecer de apoyos en una masa crítica de lectores y autores que se interesaran por ella. El entonces director del centro, R. Ibarrola, recurrió a Germain pidiendo ayuda, para que éste organizara adecuadamente la edición de una revista que pudiera interesar científicamente. En respuesta a la petición, nuestro autor organizó un detallado plan, yendo desde el formato y el título hasta los autores a invitar y las secciones a establecer. Consultó su plan con todo detalle a Ortega, y cuando tuvo su apoyo y sugerencias, puso en marcha la que iba a ser, durante años, la publicación psicológica más importante del país: la *Revista de Psicología General y Aplicada*. En 1946 vió la luz, y durante más de medio siglo ha servido de vehículo y órgano de comunicación entre los investigadores y profesionales (Carpintero, 2019, 125 ss.; Carpintero y Tortosa, 1996).

Los profesionales fueron encontrando líneas por las que incorporar su especialidad en grupos y empresas en cuyo desempeño la psicotecnia y el consejo profesional podía jugar algún papel relevante. Entre los más jóvenes cundió el interés por ese nuevo campo en que poder especializarse, y comenzaron a llamar, incluso con violencia, a la puerta de las universidades. Los colaboradores del Departamento del CSIC pasaron paulatinamente a ocupar cátedras de psicología que se habían creado para formar a filósofos o pedagogos, y que terminaron por convertirse en germen iniciador de futuras licenciaturas en psicología. Mariano Yela fue a enseñar en la sección de Pedagogía de la Universidad Complutense; Jose Luis Pinillos y Miguel Siguán, poco tiempo después, fueron a las facultades de letras de Valencia y de Barcelona (Central) respectivamente, y Secadas sucedió luego a Pinillos en Valencia, cuando este pudo trasladarse a una cátedra en Madrid. Comenzó así la expansión de la psicología académica, con la creación en 1968 de los estudios universitarios de psicología. Su germen, como hemos visto, había nacido en el pequeño Departamento que organizó Germain.

Este siguió activo como presidente de la Sociedad Española de Psicología, a través de la cual se integraba en otras asociaciones internacionales, especialmente en la antigua de psicotecnia, luego convertida en Asociación Internacional de Psicología Aplicada, y en la Asociación Internacional de Orientación Escolar y Profesional (AIOSP)

para cuya presidencia fue elegido en 1966, a punto de cumplir los setenta años, y en la que permaneció, al parecer, nueve años (Schiltz, 1981). Su actividad como clínico tampoco cesó, y además, apoyó a grupos interesados en arte, cine y, en general, en actividad cultural. Entre otras curiosas empresas, contribuyó a crear una Sociedad Española de Filmología, en que también se contó con la colaboración de Julián Marías, Ana Mariscal, Fernando Fernán Gómez o José López Rubio, entre otros, todos interesados en el estudio y análisis de las obras cinematográficas.

Al término de sus páginas autobiográficas, su espíritu le pedía llegar a un cierto juicio final, sobre la propia realización existencial. «El lector que llegue hasta estas últimas páginas sacará la impresión de una vida dispersa, de unas condiciones no aprovechadas, de querer mucho y haber logrado poco... En estos últimos años de mi vida miro con nostalgia todo ese tiempo pasado y al mismo tiempo con pena, no sólo porque es un pasado, sino por no haber sabido o podido hacer más. Si algún sacrificio he hecho en mi vida es el de haber atendido a tantas cosas que veo hoy, al escribir estas líneas, como peldaños de un progreso, el progreso de la Psicología, pero tristemente como un apartamiento fundamental... de mi íntima vocación hacia el laboratorio, hacia la investigación» (Germain, 1981, 1049). El progreso de la psicología, tan dificultado un tiempo en este país, fue la gran obra de este hombre, en parte lograda por sus manos, en otra parte, incluso mayor, por las de sus discípulos, animados y potenciados por el ejemplo de este su «patrón», que era como frecuentemente le llamaban, «el patrón del buen ánimo», que Pinillos escribió (Pinillos, 1981). Como escribió en su día Fernanda Monasterio, «Germain es un hombre *histórico*» (Monasterio, 1971, 184). Lo es, desde luego, para la psicología española.

SU OBRA

Su obra, ciertamente, está desperdigada por revistas y congresos. Su único libro es el de la edición del test Stanford-Binet, que hizo con Mercedes Rodrigo, al que ya nos hemos referido.

Su estrecha relación con Lafora influyó sin duda en él, orientando en buena medida su investigación clínica hacia la neuropatología y neuropsiquiatría. Aquel mantuvo durante un tiempo, con otros colegas madrileños, una consulta pública en la calle de San Bartolomé, de Madrid, que tuvo mucho renombre. Allí dio Germain sus primeros pasos como ayudante suyo, y luego le siguió a los centros que aquel fundara en Carabanchel. Poco después, le ayudaría a sacar adelante los «Archivos de Neurobiología». Se interesó por novedades terapéuticas, como la malarioterapia aplicada a la parálisis general progresiva, hallazgo que había valido el Premio Nobel a Werner von

Jauregg en 1927, y consistente en implantar un proceso de malaria en un paciente de parálisis, lo que incrementaba su movilidad. Germain la empleó con pacientes de demencia precoz –con un resultado positivo, de un total de cinco pacientes– ; también implantó procesos febriles (piretoterapia) en sujetos con esquizofrenia y con neurosis obsesiva; en otras ocasiones, aplicó inyecciones de leucocitos (método leucogénico) para combatir esquizofrenia (Escardó, 1971; Martí et al. 1989). Estudió el problema de la conmoción cerebral, y una serie de casos de accidente de trabajo, a los que tuvo acceso por su intervención en el Instituto para rehabilitación de inválidos del trabajo, que dirigía Cesar de Madariaga, quien luego apoyaría enérgicamente los desarrollos psicotécnicos durante la dictadura de Primo de Rivera.

De la neuropsiquiatría pasaría, casi insensiblemente, a la psicotecnia y la psicología aplicada. La orientación se convirtió en una cuestión central, dado que la psicología se puso al servicio de la Formación Profesional, con la ayuda del Partido socialista, que, como ya hemos dicho, quería hacer labor en pro de los trabajadores en los días de la Dictadura. Y la selección aplicada a un tema como el de los conductores de vehículos se había hecho un lugar entre los temas de actualidad. Germain ha recordado en algún lugar que la primera selección psicológica de conductores tuvo lugar en 1925 y 1926 (Tortosa, Montoro y Carbonell, 1989). Los psicólogos reunidos en el Congreso de la Asociación Internacional de Psicotecnia, en Barcelona, en 1930, como hemos recordado ya, respaldaron la política española de incorporar el estudio psicotécnico de los conductores como requisito para obtener los permisos de conducción.

La guerra civil española cortó bruscamente esa línea de trabajo, junto con la obra entera de la primera psicotecnia española. Pero el tema de selección de conductores no se modificó. Estaba bien arraigado en una sociedad que iba a experimentar, en los años que siguieron a la guerra, un imparable crecimiento del parque automovilístico, y una conciencia nítida de que la selección psicotécnica contribuía a disminuir la tasa de accidentes. Había que mantenerla. Germain, al recuperar su puesto en el Instituto Nacional de Psicología y psicotecnia, retoma esa línea de la seguridad vial, que era socialmente relevante. Con sus colaboradores –José Luis Pinillos y Marcelo Pascual, entre otros, además de hacer la adaptación de pruebas de selección de pilotos, del Ejército del Aire americano a la que ya nos referimos antes, prepararon una serie de pruebas para evaluar la aptitud de conducción en automóviles– que implicaría, al menos, un factor de velocidad de reacción, otro de coordinación visomotora y un tercero de aptitud mecánica (Tortosa et al., 1989). El terreno de la psicotecnia para la seguridad vial ha sido una temprana y potente intervención española, que no en todas partes se ha asumido de igual manera, pero sin duda ha sido una contribución eficaz a la salud ciudadana en el mundo de las carreteras.

En el terreno de la psicotecnia, vimos que Germain mantuvo una relación muy estrecha y cordial con Emilio Mira. Ambos e consiguieron, tras mucha preparación y

esfuerzo, que se designara Madrid como sede del XI congreso internacional de psicología, a reunirse en octubre de 1936. Mira hubiera sido presidente y Germain, secretario. Pero la guerra civil se desencadenó en julio de ese año, e impidió la reunión. Esta se trasladó a París, al año siguiente (Carpintero y Lafuente, 2008). Tras la guerra, los dos colegas se mantuvieron separados, pero ambos, junto con otros de la península y del exilio, lograron reunirse en el congreso de psicología aplicada que tuvo lugar en Berna, en 1949. Fue –Jose Mallart lo ha recordado así– un reencuentro en cierto sentido reconciliador y reunificador tras la división vivida. Germain contó con un amplio apoyo en esas reuniones aplicadas, y durante un tiempo fue vicepresidente de la asociación.

Finalmente, hay en esta obra una tercera línea que tuvo considerable repercusión internacional, la dedicada a la orientación vocacional. Aquí mantuvo la tesis de que no podía ser un mero juicio puntual, sino que había de ser todo un proceso, que conllevaba por fuerza una serie de decisiones a lo largo del desarrollo de la persona, que vendrían a culminar en el momento de la madurez personal. Esa idea de madurez influyó en especialistas muy relevantes de ese campo, como Donald Super, que reconoció con gran generosidad su deuda con el magisterio del psicólogo español (Super, 1981). Su peso en ese terreno le fue reconocido, por los miembros de la Asociación Internacional de Orientación y Selección Profesional (AIOSP), que ya vimos que le eligieron presidente de la misma entre 1966 y 1975 (Mora, 1992).

Al final de su vida, jubilado de su tarea en el Instituto Nacional de Psicología y Psicotecnia –para el que consiguió la construcción de un gran edificio en una zona de Madrid que se hallaba en proceso de urbanización, en una calle que logró que se dedicara a la figura de Juan Huarte de San Juan, patrono de los psicólogos españoles; –dos logros, por otra parte, que se han perdido hace tiempo–, recibió diversos honores, como el doctorado «honoris causa» por la Universidad canadiense de Laval, y un acto de homenaje de los psicólogos académicos, incluidos sus antiguos discípulos y colaboradores. Algunos conseguimos estimularle para que redactara unas muy interesantes páginas autobiográficas, tarea de la que he sido principal responsable. Estas aparecieron en los dos primeros números de la *Revista de historia de la psicología* –en 1980. En ellas, con gran espontaneidad y sencillez, rememora la historia de su vida, que es casi punto por punto coincidente con la historia de la psicología española contemporánea. Porque esta fue la tarea de su vida: promover y lograr la institucionalización de esta ciencia en nuestro país, como parte señalada del proceso de europeización de nuestra sociedad, que incorporó así una de las disciplinas humanas clave, situada entre las ciencias sociales, las de la salud, y junto al mundo de la filosofía, posición que hace de ella una clave esencial para la comprensión de lo humano.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Bandrés, J. y Llavona, R. (2004) La Escuela de Psicología y Psicotecnia de la Universidad de Madrid (1954-1989) *Psicothema*. Vol. 16,(2) : 173-180.
- Carpintero, H. (1994) *Historia de la psicología en España*, Madrid, Eudema.
- Carpintero,H. (2019) *Ortega y Gasset psicólogo. Ensayos y aproximaciones*, Madrid, Fórcola, 125 ss.
- Carpintero,H. y Tortosa, F. (1996) La psicología española a través de la *Revista de Psicología General y Aplicada*, *Revista de Psicología General y Aplicada*, 49 (3-4): 373-410.
- Carpintero, H. y Lafuente, E., (2008) The Congress that never was. The Madrid International Congress of Psychology (1936), *History of Psychology*, 11(4): 220-238.
- Escardó, E. (1971) El Dr. Germain y su labor en el campo de la higiene mental, *Boletín de la Sociedad Española de Psiquiatría*, V(6): 169-172.
- Fernández Ballesteros, R., (1995) Mariano Yela: práctica y teoría, una síntesis personal, *Revista de Psicología General y Aplicada*, 48 (4): 485-496.
- García Delgado, JL. (2002) *La modernización económica en la España de Alfonso XIII*. Madrid, Espasa.
- Germain, J. (1981) Autobiografía, *Rev. Psicol. Y Apl.* 36(6): 1004-1051 (orig. *Rev. Historia de la Psicol.*, 1980, 1-2).
- Germain, J. y Rodrigo, M. (1930) *Pruebas de inteligencia*, Madrid, Espasa Calpe.
- Mallart, J. (1933) La Orientación Profesional en España, *Medicina del trabajo e higiene industrial*, vo.IV (17-18): 33-92.
- Mallart, J. (1981) Memorias de un aspirante a psicólogo, *Rev. De Historia de la Psicología*, II(2): 91-123.
- Marías, (1985) *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Madrid, Alianza.
- Martí Villalba, C. (1990) *José Germain y la psicología española*, tesis doctoral, Valencia, Universidad de Valencia.
- Martí, C. , Tortosa, F. y Carpintero, H., (1989) Germain neuropsiquiatra, *Rev. Psicol. Gral. Y Aplicada*, 10 (1-4): 161-171.
- Monasterio, F. (1971) Germain. El estilo en psicología, *Bol. Soc. Española de Psiquiatría*, V(6): 184-185.
- Mora, J.A., (1992) *El Dr. José Germain: Hitos principales de su biografía (1897-1986)*, Málaga, Ediciones Edinford.

- Muñiz, J. (1995), Reflexiones sobre la obra metodológica de Mariano Yela, *Rev. Psicología General y Aplicada*, 48 (4) , 497-510 504;
- Olabarria, B. (1997) Jose Germain y los avatares de la primera institucionalización de la psicología en España , en Aparicio, V. comp., *Orígenes y fundamentos de la psiquiatría en España*, Madrid, Editorial Libro del Año, 193-214
- Pinillos, JL. (1981) La segunda vida de José Germain, el patrón del buen ánimo, *Rev. Psicol. Y Apl.* 36(6): 1115-1120.
- Quintana, J. (2010) José Germain y el proceso histórico de fundación de la 'Escuela de Psicología y Psicotecnia' de la Universidad de Madrid, *Revista de Historia de la Psicología*, vol. 31 (2-3): 23-40.
- S(anchez) Granjel, L. (1959) *Panorama de la generación del 98*, Madrid, Guadarrama.
- Schiltz, J. (1981) José Germain, *Rev. Psicol. Y Apl.* 36(6): 1129.
- Siguán, M. (1981) Testimonio personal, *Rev. Psicol. Y Apl.* 36(6): 1131-1139.
- Soler, J. y Tortosa, F. (1987) *Psicología y tráfico*, Valencia, Nau Llibres.
- Super, D.E. (1981) José Germain: psicólogo aplicado, *Rev. Psicol. Y Apl.* 36(6): 1147-1151.
- Tortosa, F., Montoro, L. y Carbonell, E. (comps) (1989) *psicología y seguridad vial en España. 60 años de historia*, Zaragoza, Librería General.
- Valenciano, L. (1971) Germain psiquiatra, *Bol. Soc. Española de Psiquiatría*, V(6): 163-166.
- Valenciano, L. (1977) *El Doctor Lafora y su época*, Madrid, Morata.
- Zanón, JL. y Carpintero, H. (1981) El Padre Manuel Barbado y su «Introducción a la psicología experimental», *Revista de Historia de la Psicología*, 2(3), 189-223.
- Ziehen, T. (1910) *Compendio de psicología fisiológica en 15 lecciones, con un prefacio del Dr. Simarro*, Madrid, Bailly-Baillière.

